

CASTILLA-MADRE

LA HORA DE LA JUVENTUD

Ortega y Gasset es un hombre inquietado por los problemas españoles. Con un grupo fundó esa intensa revista que se llama *España*, desde la que se ha hecho una alta labor inquietadora. Es de los que han merecido alguna vez por ciertas gentes el calificativo de intelectual con tono de desprecio.

Artista, filósofo, con visión de lejanías y de clarividencias ha sido para los que enfrentábamos con la realidad española como el orientador, en el que los jóvenes, con afán de renovar, encontrábamos a otro joven de reciedumbre mental, de una gran fuerza ideológica, con unos cuantos años más, pero con un espíritu todo aristocratismo y preocupación.

Acaso su labor no ha ahondado lo bastante en el pueblo español, porque Ortega y Gasset no se ha acercado a las multitudes—y este es su defecto—, no ha hecho la siembra llegándose hasta los que viven en los campos para desasosegar sus conciencias incorporándoles a la vida pública.

Ha sido el que desde su gabinete de trabajo, ha lanzado ideales, el que en sus correrías por nuestras ciudades y nuestros pequeños poblados, ha recogido sensaciones, las ha vivido, sintiendo el palpitante de la España desconocida, un poco despreocupada e ignorante de su propio vivir y de sus destinos.

En *El Sol*, en un bello artículo—ya lo ha comentado nuestro compañero *Graveche*—hace un llamamiento a la juventud española que cobardemente está al margen de la vida pública y pide su actuación como único medio de que sus energías, sus entusiasmos, sus generosidades, puedan abrir cauces nuevos y crear grandeza.

De ella espera Ortega y Gasset la renovación, a ella cree que debe encomendarse el empeño de alzar a España y ella debe ganar valientemente esta pelea en la que se

juega el porvenir nacional. Son los momentos de gran transcendencia; cruzan el mundo corrientes nuevas; hay un vibrar grandioso que los jóvenes deben recoger y enterrarlo profundo, para que España camine a la par de los otros pueblos.

La hora es de liquidación de todo lo viejo y ya se señalan con pujanza ideales nuevos que han de traer nuevas vidas. Hemos de hembraarnos con los otros países si no queremos anularnos. Hemos de intensificar nuestras actividades; hemos de acudir a un concierto de naciones y nuestra voz debe tener robustez y autoridad.

Sólo la juventud está limpia de errores, sólo a ella no alcanzan culpas y tristezas páginas de nuestra historia de los últimos años. Si se resisten a dejarla paso, si aun se defienden de lo que fué causa de nuestra

desventura, si la vieja política se pone enfrente, debe saltarse sobre ella y pisotearla, debe, en un gesto de altivez y fiereza, romperse todo eso que es pequeñez, es ruindad y es estancamiento de la vida patria. En lucha de nobleza, la juventud como cumple a sus años, como lo piden su sangre y su fuerza, debe señalar rutas, debe abrir caminos por los que marche con todo desembarazo a hacer una patria joven, sana, con riqueza de ideas y riqueza de energías.

Y si hay jóvenes con el corazón emponzoñado, incapaces de pelea y de marchar bravamente cara a todo lo creado para sentar afirmaciones; si hay jóvenes que no están capacitados para esta caminata de victoria, sepáralos de un puñetazo y que sigan viviendo la vida de vileza.

Los otros iremos con el orgullo de la juventud y de la obra, a hacer una España grande, y en los corazones y en las bocas habrá una canción de fuerza y de amor.

LUIS HERRERA.

Anochecer de otoño en Burgos.

*Douceur du soir! Douceur
de la chambre sans lampe!*

G. RODENBACH.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras, al ocaso, entre acentos discordes de campanas, y entre toques vibrantes de cornetas ufanas que tienen un destello de campales hogueras.

Y la noche que llega cuando en el hondo cielo la sombra, cual espeso cortinaje de altar, se tiende, despertando vivo parpalear de luces en que prende misterioso desvelo.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras, ante la gradual postración del paisaje y ante el trémolo blando que a su frágil follaje dan los chopos, formados en altivas hileras.

Y la noche que llega cuando en el hondo cielo las primeras estrellas abren su flor de plata, dulce como una dulce música de sonata o como caricioso roce del terciopelo.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras, sin que nada perturbe la quietud de la estancia, en discreta penumbra, gustando la fragancia familiar que nos une con las cosas caseras.

Y la noche que llega cuando en el hondo cielo la catedral apaga su calada linterna, y sobre la silente aspiración eterna de sus torres, palpita un romántico anhelo.

Dulzura de la tarde azul tras las vidrieras mientras la media luna sangrienta y afilada, bajo el ardor extraño de nocturna cruzada, llama al brazo del Cid para empresas guerreras.

ANGEL VEGUE Y GOLDONI